

Avanzando a tientas en la oscuridad, seguro de haberse perdido, Jonny vio aparecer de repente un cuadrado de luz en el camino: la ventana de una casa. Su larga caminata a través de la monótona negrura estaba llegando a su fin.

En la carretera, sintiéndose incómodo en esa extraña zona rural tan cercana a la ciudad que no parecía campo de verdad, había creído que todo sería fácil. El camino que conducía hasta la casa, ancho y al parecer muy transitado, trazaba una curva elegante bajo los árboles. Una farola solitaria iluminaba el cartel de la entrada. Comunidad Rivendell, decía. Kia Ora, Bienvenidos.

Más abajo se leían los nombres de las cinco familias que componían la comunidad, y entre ellos decía claramente Carl y Ruth Benedicta y familia. Nada hacía presagiar que, a poca distancia de la carretera, los grandes árboles cerrarían filas en torno al camino y que la noche nublada se volvería completamente impenetrable.

-No estoy tan borracho -declaró Jonny en voz alta, pero la oscuridad no le contestó.

Ahora veía luz a lo lejos, y, si había luz, habría una puerta a la que llamar. Alguien contestaría. Se quedaría un poco apartado, entre las sombras, y preguntaría muy educadamente si podía hablar un momento con Bonny. Hizo el gesto de consultar su reloj, aunque sabía que le sería imposible verlo. El tiempo estaba allí, en alguna parte al final de su brazo, pero perdido en la oscuridad.

Mucho antes, en la misma noche salvaje e informe, en otro tiempo y en otro lugar, Jonny se había sentado a disfrutar una deliciosa cena con sus padres y sus hermanas pequeñas, incluso había ayudado a lavar los platos, la típica escena de un hogar rebotante de amor y cooperación.

-Hace cinco años... -había dicho su padre. A Jonny le resultaba difícil no percibir un tono de reproche en aquellas simples palabras, como si él, Jonny, no tuviera derecho a seguir allí, haciendo bromas y planes, ahora que Janine no estaba. Las gemelas se dieron codazos y protestaron, pero lo único que conocían de Janine era su fotografía sonriente encima del televisor.

Jonny había abrazado a su madre, saludando con la cabeza a su padre, con un gesto dubitativo, y había quedado con unos amigos que tocaban en un grupo e un bar de la ciudad.

Y ahora andaba tropezándose en la oscuridad y la cabeza le daba vueltas con la mezcla de vino tinto y brandy con la que había invocado una alegría febril para defenderse de los ataques del recuerdo. Entre encontrarse totalmente eufórico entonces, y perdido en la oscuridad ahora, quedaban furia y violencia, una lucha con enemigos imprevistos, una discusión con la policía y luego otra con su padre fuera de la comisaría. Menuda noche.

Jonny pensó que podría disimular su estado lo suficiente para evitar que los miembros de la Comunidad Rivendell desconfiaran de él. Era importante que hablara con Bonny porque estaba lleno de preguntas feroces, de las que solo salen a la luz cuando la razón cotidiana se encuentra en retirada. A veces, justo antes de despertarse o quedarse dormido, estas preguntas lo acosaban durante un segundo o dos y le permitían vislumbrarlas, pero nunca llegaba a resolverlas. Quería nombrar estos fantasmas, y librarse de ellos de una vez por todas, y quizás Bonny Benedicta pudiera ayudarle, porque de toda la gente que conocía era la más serena y la más mágica. Además, ella había sido testigo de lo que pasó, le había dado la mano y lo había rescatado, lo había abrazado en la cima del acantilado y más tarde había dicho con tranquilidad una mentira que en aquel momento le había facilitado

las cosas. Pero luego había desaparecido de su vida. La última vez que la vio estaba al otro lado de la capilla en el funeral de su hermana. Los padres de ambos hablaron mientras Jonny y Bonny se miraban en silencio. Habían sido los únicos testigos. La policía les tomó declaración para la investigación post mortem y en el juzgado no tuvieron que aparecer juntos. Desde entonces, aunque vivían en la misma ciudad, no había vuelto a ver a Bonny Benedicta.

Jonny avanzó con decisión hacia la ventana iluminada, sabiendo que habría cientos de trampas y escollos para quien avanzara en la oscuridad. Y así fue, un momento más tarde la oscuridad explotó a su alrededor. Unas siluetas pálidas se escabulleron delante de él, riéndose y gritando con voces sobrenaturales. En dirección a la ventan unos perros grandes empezaron a ladrar y en un momento todo había cambiado, porque la luna, pasado el cuarto creciente, surgió con ímpetu entre las nubes como una persona eficiente que llega a poner orden, y ante sus ojos el jardín quedó iluminado por una enorme luz exterior.

Jonny vio coches, un camión de granjero y un pequeño tractor, todos juntos delante de un cobertizo enorme. A la derecha estaban las formas pálidas: una bandada de gansos que corrían por el jardín con el cuello estirado, indignados y alarmados. Incluso se distinguía la doble hilera de nogales bordeando el camino perdido. En el cielo, la nube que durante tanto tiempo había conseguido ocultar la luna, se transformó en una gigantesca lente plateada que se cernía sobre toda la escena.

Jonny se tocó con cuidado los golpes de la cara mientras caminaba por el jardín, intentando averiguar el alcance de los daños visibles. Tenía un ojo hinchado, aunque no completamente cerrado. Se sentía los labios inflamados. Le dolía todo y, sin embargo, le parecía que estaba sintiendo accidentalmente el dolor de otra persona. Su propia indiferencia le hacía sentirse vacío, no del todo real. También le resultaba desconcertante que cosas imaginarias, una vez que la imaginaba bien, pudieran volverse tan poderosas y lúcidas como si fueran de verdad. Siempre había sido víctima de las historias, no solo de las ajenas sino también de las suyas propias.

No voy a entrar, pensó. Me quedaré en la puerta y les preguntaré educadamente. Hace mucho que no veo a los Benedicta, pero tampoco es como si fuera un absoluto desconocido.

Derechos de la Tierra para los Maoríes, decía una pancarta apoyada contra el maletero de un viejo Volkswagen. Jonny pasó a su lado. Aquel día la ciudad había estado nerviosa e impaciente. Cuando él iba hacia el bar con sus amigos había visto coches con megáfonos transmitiendo mensajes y grupos de gente reunidos en la plaza y, más tarde, en la comisaría, se escuchaban por todas partes las discusiones de los jóvenes activistas políticos. Jonny, que ya había sido acusado en otra ocasión de alteración del orden público y juzgado por la autoridades del distrito, se sentía como un veterano. No estaba especialmente interesado en los brotes agresivos de política callejera, pero aquí se volvía a topar con ellos, como viejos camaradas, a quince kilómetros de la ciudad. El Tratado es un 'fraude' decía un largo estandarte que colgaba entre dos palos plantados firmemente junto a la valla que separaba la casa del jardín.

En el césped había dos pastores alemanes encadenados a sus perreras. La casa, una granja antigua, había sido ampliada recientemente hacia los dos lados; y aunque desaparecía entre las sombras, tenía el porche iluminado y la puerta abierta hospitalariamente. Jonny hubiera preferido menos luz. No quería que nadie, particularmente la madre de Bonny, le viera bien la cara, al menos al principio. Pero

como llevaba su sombrero de bandolero, un viejo sombrero negro de ala ancha un poco caída, podría esconder lo peor y causar una buena impresión con una voz suave y actitud educada. Jonny era vagamente consciente de que algunas personas lo encontraban un poco siniestro, incluso sin los moratones, cosa que le parecía una ventaja a la hora de ligar con ciertas chicas. Pero esta noche quería parecer tan normal y tan poco amenazador como fuese posible.

-¿La cara? Ah, sí. Me he caído de la moto... -murmuró con naturalidad. Jonny solía hablar solo, para ensayar lo que quería decir.

Los padres de Bonny eran ambos doctores; pero mientras su padre era doctor en filosofía, su madre era patóloga, y quizás sabría distinguir entre un moratón producido por un accidente de moto y la marca de un puño con un anillo.

-¡Si no me arriesgo, no consigo nada! -les dijo Jonny a los perros. Ya no bailaba claqué, pero sus pies repetían los pasos sin hacer ruido por la fuerza de la costumbre. Sonrió automáticamente en la oscuridad, como si su madre le estuviera dando instrucciones. Los perros no percibieron la sonrisa pero detectaron el ritmo sincopado de sus pasos y lo tomaron como un desafío, por lo que, otra vez furiosos, tiraban de sus cadenas con ganas de morderle.

Jonny subió los escalones ensayando.

-Bonny, solo quiero preguntarte una cosa -estaba frente a la puerta. Se imaginó a Bonny de pie en el umbral, alta y misteriosa, con la piel y el cabello de color mil-. Te va a parecer que estoy un poco loco, pero hoy hace cinco años... y somos los únicos que la vimos caer... eres la única a quien puedo preguntar...

-¡Otro más! ¡Llegas tarde! Cuando oí los perros me imaginé que venía alguien, así que encendí la luz del porche. Entra.

No era Bonny, claro. Era una chica a quien no conocía, bajita, con melena castaña y rizada. Jonny se caló el sombrero de bandolero y habló protegido por su fantástica ala.

-¿Podría hablar con Bonny, por favor? Será solo un momento.

-¿Quién? -preguntó la chica-. No conozco a mucha gente aquí... La verdad es que es la primera vez que vengo a esta casa.

-Bonny Benedicta -dijo Jonny bajando la voz un poco. ('Habla en el registro más bajo, Jonny', le había aconsejado su profesora de declamación y teatro hace mucho tiempo.)

-No la conozco -dijo la chica-. Pero los Benedicta viven aquí. Entra y búscala tú mismo.

-Genial -dijo Jonny-, pero no quiero quedarme. Solo quería ver a Bonny un momento.